

Ana terminó de una forma extraña. En cierta ocasión, al despedirse, ella le permitió que la besase en los labios. Baroja escribe: «Yo la besé en los labios, y casi me dio un vértigo... a mí me llenó la cabeza de melancolía el pensar que podía haber encontrado aquella mujer cuando yo era más joven y ella estaba libre» (4).

El la escribió, pero no obtuvo respuesta, aunque ella permaneció todavía una temporada en París. Más tarde volvió a Rusia, y Baroja no volvió a tener noticias suyas hasta bastantes años después de la revolución de octubre, hacia 1926. Baroja escribe: «Diez o doce años después recibí una carta de Rusia escrita en un papel basto, como de cocina, y con lápiz, que no decía nada más que vaguedades y que no tenía ni firma ni señas. Yo supuse que sería de ella. Yo no conocía a nadie en Rusia. Leí y releí la carta para ver si encontraba algún sentido o alguna dirección. No encontré nada. Quizá le habían cortado una hoja. La carta daba la impresión de pobreza y miseria muy triste, y la quemé» (5).

#### «EL GRAN TORBELLINO DEL MUNDO» (1926)

En esta novela hay varios personajes rusos. Los acontecimientos que se desarrollan en ella comienzan en 1914 y terminan, según nuestros cálculos, en 1919. El primer encuentro de la protagonista de la novela, Nelly, con personas rusas, tiene lugar al estallar la primera guerra mundial, en un pueblecito al norte de los Cárpatos. El profesor de música de Nelly, Matías Romanos, le presenta a la condesa de Francken y a su hija Leonor: «La condesa de Francken era rusa y tenía por su familia grandes posesiones en la frontera polaca» (6). «La guerra había empezado en agosto de 1914» (7). «La condesa y su hija decidieron marcharse a Rusia. La condesa, como rusa, no era muy entusiasta de los Imperios centrales y tenía más simpatía por Francia, y deseaba que esta nación ganase la guerra.. Mucho tiempo después, cuando estalló la revolución en Rusia, supe que a la condesa y a su hija no les permitían salir del país los bolcheviques y que tenían que trabajar ellas mismas rudamente para vivir. «¡Pobres! me dieron ganas de llorar al saberlo» (8).

No vamos a referir aquí el resto de la historia de la vida de Nelly y su encuentro con Larrañaga en Dinamarca, sino a reunirnos con la

(4) OC, vol. VII (2).

(5) OC, vol. VII, p. 948 (1-2).

(6) OC, vol. I, p. 1168 (2).

(7) *Idem*, p. 1169 (1).

(8) *Idem*, p. 1169 (2).

pareja en Berlín al final de la guerra. La razón de su visita a Berlín era la búsqueda del padre de Nelly, de quien no había tenido noticias durante mucho tiempo.

El primer encuentro que Larrañaga y ella tuvieron con refugiados rusos en Berlín tuvo lugar durante su estancia en un hotel de la capital germana: «En la habitación de al lado, una pareja rusa se pasaba el tiempo tocando la guitarra y cantando. Lo hacían de una manera tan lánguida, que al oírlos, Larrañaga se forjó la idea de que debían de ser heridos o enfermos, que estaban en Berlín en tratamiento. Por la noche vio que los supuestos enfermos eran un ruso de cerca de dos metros de alto, con un pijama azul, y su mujer, una gigante por el estilo» (9).

En el capítulo titulado *Los rusos*, Baroja nos describe a muchos refugiados rusos. Un amigo del padre de Nelly, el violinista Feuerstein, los llevó a ella y a Larrañaga a un té de gente rusa. Se encontraron allí con gentes totalmente desmoralizadas, corrompidas y duras. Sólo había uno, entre todos aquellos rusos, que parecía persona sensata: «Uno de los rusos se refirió a la gran confusión de ideas que había en Berlín y a la serie de discusiones sobre teosofía, antroposofía, magia, espiritismo y otra porción de necedades semejantes... No seremos nosotros los que llevaremos claridad a esta confusión—replicó el ruso—. Nosotros no tenemos sentido. La Santa Rusia es uno de los países más absurdos del mundo; no somos ni seremos nada. No tenemos instinto» (10). Baroja describe así la visita de Nelly y Larrañaga: «La casa en la que comía el violinista Feuerstein era un estudio de pintor destartado, y casi sin muebles, donde unos rusos y él formaban un falansterio. Cuando llegaron Nelly y Larrañaga había tres o cuatro personas y el violinista. Estas tres o cuatro personas eran rusos, vestidos con trajes harapientos, sucios, desastrados. Uno llevaba un gabán de soldado de Caballería, hecho jirones, atado con una cuerda; el otro, chaqué destrozado, y corbata roja. Llegó poco después una muchacha rusa vestida de manera extravagante, con otra rubia y con aire angelical, que traía un niño de la mano. La morena era una muchacha de la aristocracia que, no hallando manera de vivir más decorosa, había entrado de camarera en un café de Berlín. Se llamaba Sonia» (11).

«En esto entraron dos mujeres flacas, que al parecer eran de la aristocracia rusa, las Vasilevskas, en compañía de un joven, también ruso. Una de las Vasilevskas se sentó cerca de Larrañaga y de Nelly

---

(9) OC, vol. I, p. 1171 (1).

(10) *Idem*, p. 1155 (1).

(11) *Idem*, p. 1154 (2).

y estuvo hablando de la mala situación de Rusia. Ella había conocido a Rasputín y lo pintó como un tipo extraordinario». De Lenin dijo: «Es el diablo.» «El joven que había entrado con las Vasilevskas se llamaba Igor y, al parecer, era el encanto de la sociedad... Era un joven pálido, con melenas, los ojos y los labios pintados, la nariz corva y caída, el cuello al descubierto y un camafeo al pecho... Era un personaje desagradable y casi siniestro... El joven Igor cantaba con la balalaika en la cervecería donde estaba Sonia. La noche anterior, según dijo, había tomado mucha cocaína y se encontraba decaído. Le pidieron que cantara algo, pero se negó por su debilidad» (12)... «Luego, sin duda en vista de que el interlocutor (Larrañaga) no se maravillaba, el joven contó cómo había desertado del ejército ruso, comprometiendo a un compañero a quien después fusilaron». «A usted, sin duda, le parece todo eso muy bajo» —le preguntó después a Larrañaga—. «Sí, sin duda —replicó Larrañaga irónicamente—. No son hazañas que puedan servir de ejemplo en las escuelas... Son pequeñas canalladas insignificantes» (13). Entonces el ruso enrojeció y dijo que los occidentales no comprendían el alma rusa... «Seguramente que no —afirmó Larrañaga—. Pero, en fin, uno supone que entre los rusos habrá gente noble y gente canalla; quizá las acciones de la gente noble las comprendería uno y vería su mérito» (14). «Iban a salir cuando el joven Igor, con su versatilidad, le dio la humorada de sacar la balalaika y ponerse a cantar. Cantaba maravillosamente canciones populares rusas; unas muy tristes, llenas de melancolía; otras muy animadas, y algunas canciones de soldados (soldatskayas) de mucho carácter. Una melodía triste y larga de los remeros del Volga le pareció a Larrañaga igual a una melodía vasca» (15). «Al día siguiente pasaron (Nelly y Larrañaga) por delante de la cervecería rusa en donde estaba Sonia y tocaba y cantaba Igor; pero sólo por el aspecto Larrañaga comprendió que aquello era un burdel» (16).

Al leer la descripción de Baroja de esta visita a los rusos, se tiene la impresión de que Larrañaga es el propio autor. A pesar de haber visto y oído a gente tan depravada, Baroja, con su sentido de justicia habitual, dice: «pero, en fin, uno supone que entre los rusos habrá gente noble y gente canalla.»

---

(12) OC, vol. I, p. 1156 (2).

(13) *Idem*, p. 1158 (2).

(14) *Idem*, p. 1157 (2).

(15) *Idem*, p. 1153 (1).

(16) *Idem*, p. 1158 (2).

Otra clase de persona rusa, completamente diferente de las anteriores, era la dama que Nelly y Larrañaga conocieron en el tren de Postdam: «Encontraron en el departamento a una señora rusa, vestida de luto, con tocas de viuda. Al levantarse para salir se le cayó el guante al suelo y Nelly lo recogió y se lo dio. La señora rusa le dio las gracias y luego le acarició en la cara, como a una niña, y la besó» (17).

#### «LAS VELEIDADES DE LA FORTUNA» (1926)

##### Parte II: *La gente desarraigada*

En este capítulo muestra Baroja una honda apreciación de la tragedia de algunos emigrantes rusos que, por razones de edad y de experiencias trágicas, eran incapaces de arraigar en un país extranjero. En la caracterización de la vieja rusa (la suegra del doctor Haller), revela Baroja una gran comprensión de lo que significaba perder la patria, y de la importancia que la lengua rusa, lo único que les quedaba a los emigrantes, tenía para estas gentes. Los hijos del doctor Haller se aclimataron perfectamente al ambiente suizo; se negaban a hablar el ruso, aunque la madre se esforzó al principio en enseñárselo. Esto era una tragedia para la abuela. Baroja escribe: «la vieja señora no podía comprender transformación semejante. Los chicos no querían saber ruso; preferían aprender el francés y el inglés. Es más, a la lengua rusa la tenían odio» (18). Baroja explica las razones de esta actitud: los niños eran medio alemanes y para amoldarse al nuevo ambiente habían borrado inconscientemente a Rusia de la mente.

De la madre, Baroja dice muy poco, dando a entender, solamente, que había aceptado el hecho de que su marido fuese alemán y de que era mejor hacer frente a la realidad. La anciana, sin embargo, recordando la guerra, consideraba a su hija como una traidora a su patria: «Tus hijos son alemanes. Yo no los quiero, los considero como enemigos» (19). No había vuelto a interesarse por nada de lo que le rodeaba: «Aquí no hay nada que ver según ella. Mucho más bonitos que los lagos de Suiza los hay en Rusia. Los Alpes no son ni siquiera altos. En Rusia está todo lo mejor, y así se pasa la vida leyendo algunos libros y pensando en qué reformas habrá que implantar en Rusia cuando se haga la restauración» (20).

(17) *OC*, vol. I, p. 1159 (2).

(18) *Idem*, p. 1243 (1).

(19) *OC*, vol. I, p. 1243 (1).

(20) *Idem*, p. 1243 (2).